

LA MENTE MÀS PRODIGIOSA

(del siglo XIX... y el XX... ¿y el XXI?)

Jordi Sierra i Fabra



© del texto, Jordi Sierra i Fabra
© ilustraciones y cubierta, Xavier Bartumeus
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com



Dirección editorial: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera

ISBN: 978-84-949396-3-1
Depósito Legal: M-4952-2019
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2019
Impreso en España por Estiló Estugraf, S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

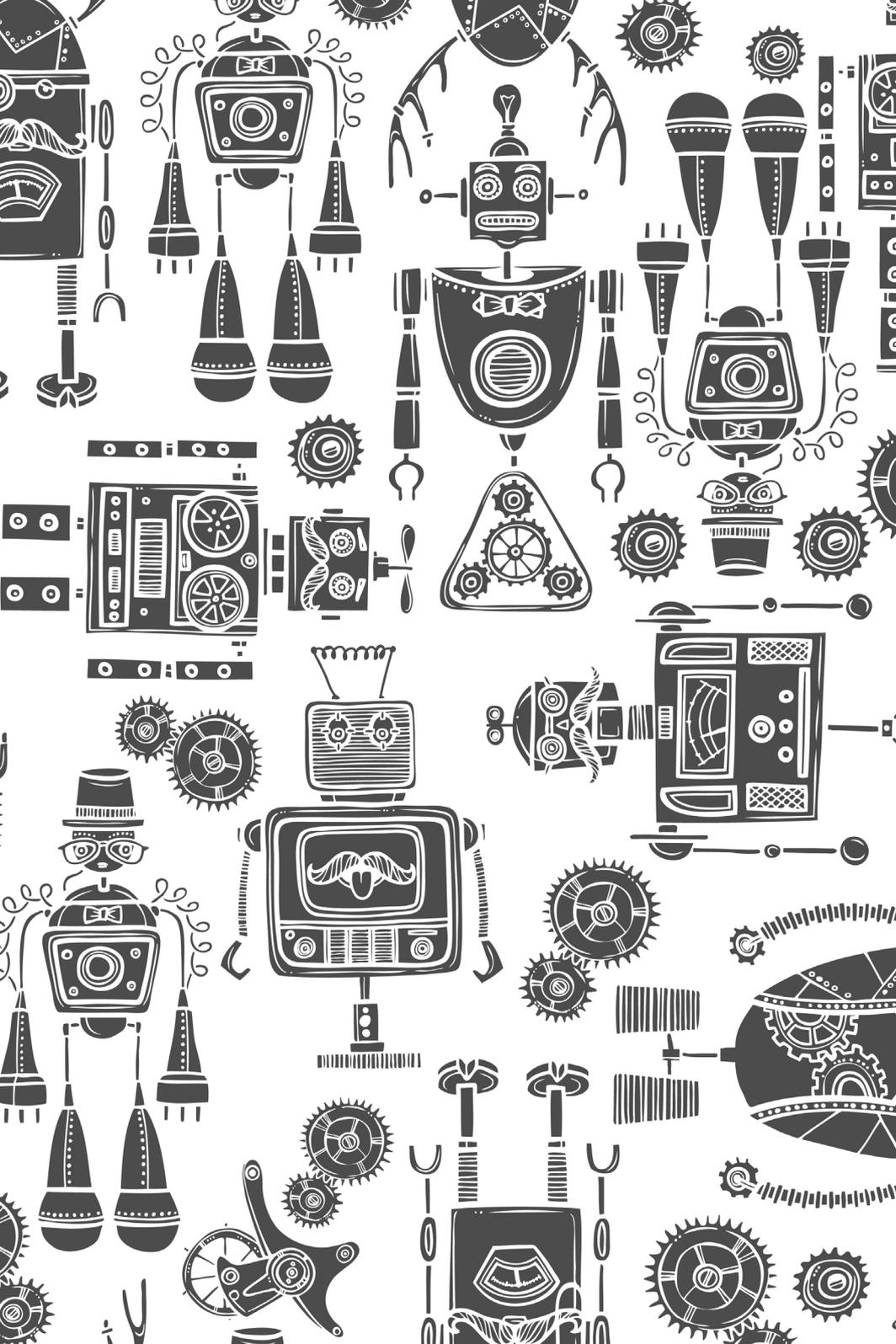
A los miembros del Círculo Holmes
de Barcelona, que un día me
propusieron escribir algo con
el gran Sherlock de protagonista,
y les dije que lo haría.



Primera parte

**EL REGRESO DE
SHERLOCK HOLMES**





Capítulo 1

Una luz en la cámara de los muertos

La excavación se detuvo en el momento en que sonó la voz de alarma.

—¡Aquí abajo hay algo!

—¡Cuidado!

—¡Avisad al encargado!

La mayoría de obreros dejó lo que estaba haciendo para congregarse en el lugar de los hechos. La máquina de taladro láser ya no se movía. El que la manejaba había bajado de la cabina y, junto a los demás, se asomaba al boquete abierto inesperadamente a sus pies. Un boquete que daba justo encima de una galería subterránea.

Los rumores y susurros llenaron el lugar.

El encargado, en cambio, se acercó gritando.

—¡No! ¡No, maldita sea! ¿Cómo que hay algo?
¡No puede haber nada! ¡Llevamos una semana de

retraso! ¡Solo faltaría que hayamos dado con ruinas de esas protegidas o algo así!

La ley era firme: si en unas obras, del tipo que fuesen, aparecían ruinas o vestigios del pasado, los trabajos debían detenerse y dar aviso a las autoridades pertinentes. Autoridades que no se lo tomaban precisamente con mucha prisa. Parecían dar pasos entre algodones, como si allí, en las afueras del viejo Londres, pudiera aparecer la tumba de Tutankamon 2.

El encargado también se asomó a la galería subterránea.

—¡Será posible...! —gruñó.

Nadie hizo nada. Nadie dijo nada. Todos esperaron.

La galería parecía cruzar el subsuelo, y desde luego era antigua. Iba de este a oeste y tenía las paredes cubiertas por pequeñas losas de celosía blanca. De no ser porque hasta allí jamás había llegado el metro a lo largo del siglo XX, hubieran podido pensar que se trataba de un túnel de comunicación entre estaciones o de un pasadizo para salir al exterior.

Pero de lo que no cabía la menor duda, era de que aquello, fuese lo que fuese, era antiguo. Cien o doscientos años.

—Habrà que bajar a echar un vistazo —se resignó el encargado.

El que manejaba la máquina subió a la cabina y bajó de ella con una linterna de su caja de herramientas.

—¿Le acompaño, jefe?

—Sí, vente conmigo, Preston. Uno nunca sabe lo que puede encontrar en un lugar así.

—¿Avisamos a las autoridades? —preguntó alguien.

El encargado lo atravesó con una mirada acerada.

No hizo falta que le dijera nada.

Primero, ver de qué se trataba. Lo otro podía esperar.

—Venga, vamos —dio el primer paso.

Inició el descenso con cuidado. La tierra que había hundido la parte superior de la galería formaba un terraplén por el que los dos hombres bajaron, asegurando cada paso. Al llegar abajo, el encargado enfocó la linterna por el hueco abierto ante ellos, porque por la parte de atrás el tramo estaba cegado por el derrumbe.

—Esto es un pasillo —dijo Preston.

Las paredes tenían grietas y algunas baldosas estaban desprendidas y rotas. Vieron una puerta desvencijada a unos pocos metros. En otro tiempo la parte superior había sido de cristal. Ahora ya no. Los restos se diseminaban por el suelo. A un lado de la puerta había un rótulo:

ENFERMERÍA

El encargado iluminó el interior.

Era una sala. Todo parecía haber sufrido los efectos de una mano devastadora. Por entre las ruinas, ya que paredes y techo habían cedido en algunos lugares, vieron armarios reventados, toallas, sábanas, uniformes cubiertos por el polvo de los años. Ni siquiera había ratas.

—Esto era un hospital, o algo parecido —volvió a hablar Preston.

El encargado frunció el ceño.

—¿Restos del Gran Terremoto? —rezongó.

Los dos hombres intercambiaron una mirada incierta.

Desde luego, toda aquella zona había “desaparecido”, literalmente, engullida por los devastadores efectos del seísmo de 2027. Habían pasado veinte años y todavía eran posibles sorpresas como aquella.

Siguieron caminando.

El pasillo se dividía en dos a unos cinco metros, pero la parte de la derecha estaba sepultada, así que continuaron por la de la izquierda. Se encontraron con nuevas puertas. Una oficina, un servicio, un pequeño dispensario, una sala de espera...

Y, finalmente, una puerta más, tras la cual se veía una escalera que descendía hacia un nivel inferior. Tal vez el sótano.

Preston indicó el rótulo.

NO PASAR

- - -

SOLO PERSONAL AUTORIZADO

El encargado no le hizo caso.

Siguió tomando la iniciativa.

La escalera no había sufrido ningún daño. La potente linterna taladraba las sombras mostrando un perfil ambiental y de construcción diferente al de la parte superior. Contaron siete peldaños antes de girar a la izquierda. Otros siete, nuevo giro, y siete más para llegar al nivel inferior. Allí encontraron una puerta blindada que había sido arrancada de su encaje.

Una puerta de veinte centímetros de grosor.

—Oiga, ¿y si hay algo radioactivo ahí dentro? —objetó Preston.

—Lo sabremos dentro de unas semanas si nos diagnostican un cáncer —gruñó el encargado con macabro humor.

—Yo no entro ahí —se detuvo el hombre de la excavadora.

—¿Ves alguna señal de que aquí haya cosas peligrosas?

—No.

—Pues ya está.

El encargado pasó por el hueco abierto a un lado de la gruesa puerta de metal. Cada vez estaba más claro que aquello, lo que fuese, había sufrido los efectos del Gran Terremoto. Solo una sacudida telúrica habría arrancado de su enclave una puerta de seguridad como aquella.

La linterna alumbró el interior.

Y, esta vez sí, al unísono, a los dos hombres se les desencajó la mandíbula.

—¿Pero esto... qué demonios... es? —balbuceó Preston.

Ante sí tenían una enorme sala abovedada con sarcófagos, cápsulas o bidones metálicos adosados a potentes sistemas energéticos inactivos. Desde la puerta era imposible saber el número, pero había cinco filas de aproximadamente cincuenta metros de largo cada una. El espacio ocupado por un sarcófago, cápsula o bidón, era de unos cinco metros. Por lo tanto allí había...

Los dos hombres se acercaron al sarcófago más próximo. A través de la mirilla superior vieron el cráneo de un esqueleto.

—¿Es un... cementerio? —vaciló Preston.

—No —dijo el encargado resignándose a lo peor—. Es un almacén. Esta debe de ser una de las últimas

salas de hibernación que quedaban antes de la prohibición del 23.

—¡Sopla! —suspiró Preston impresionado.

—La hibernación y criogenización de cuerpos fue algo secreto a lo largo del siglo XX. En parte porque solo estaba al alcance de unos pocos que podían pagarla. Si te morías por algo incurable entonces, pero curable cincuenta, cien o ciento cincuenta años más tarde, te congelaban, te mantenían con constantes vitales mínimas y a esperar. Cuando ya en este siglo se supo que había lugares como este, hubo que tomarse en serio el problema. ¿Recuerdas cuando se descongeló y curó a Michael Jackson, aquel cantante conocido como el Rey del Pop? Fue una conmoción y el tema saltó a la palestra. Nadie sabía que lo habían hibernado, y a los más locos les dio por pensar que había resucitado o que era una reencarnación. —El encargado alumbró con la linterna todo aquel lugar—. Aquí debe de haber gente muy importante, Preston.

Su compañero empezó a leer los nombres de los sarcófagos o bidones más próximos.

—John Lennon, Indira Gandhi, Grace Kelly, John Fitzgerald Kennedy... —silbó lleno de admiración.

—Esto nos va a parar las obras un mes —gruñó ya más que abatido el encargado, sin dejarse impresio-

nar por aquellos nombres—. Al menos hasta que saquen a todos estos.

—Oiga, ¿por qué unos son como ataúdes y otros más pequeños? —Preston señaló uno de los bidones circulares.

—Porque una cosa es la hibernación y otra la criogenización. En este último caso solo congelaban la cabeza.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y para qué querría un tipo ser curado cien años después de morir teniendo solo la cabeza?

—Ni idea, Preston. Pregúnteselo a ellos.

Siguieron caminando por entre los distintos tipos de recipientes, todos con su sistema de mantenimiento individual adosado. Llegaron hasta la parte final de la sala.

Suficiente.

Hora de regresar.

En el fondo, no dejaba de ser un lugar macabro. Como un cementerio lleno de tumbas

Entonces, Preston dijo:

—Jefe, ¿por qué aquel tiene una lucecita?

—¿Una lucecita?

La linterna enfocó el lugar señalado por el hombre de la excavadora láser.

No era un sarcófago, era un bidón.

Y sí, había una pequeña luz roja apenas perceptible salvo que estuvieran tan cerca como lo estaban ellos.

—¿Pero qué...? —El encargado sintió un escalofrío.

Los dos hombres se acercaron al lugar. La luz quedaba oculta por una mampara, por eso no la habían visto antes. Su brillo, además, era apagado. Estaba a la derecha de un sistema que indicaba las constantes vitales del "muerto".

Bueno, en aquel caso, de la cabeza del "muerto".

—¡Es increíble! —exclamó el encargado—. ¡Este equipo todavía funciona!

—¿Qué quiere decir?

—Pues que lo que hay ahí dentro puede recuperarse, Preston. Eso es lo que quiero decir.

—¡No fastidie!

El asombro del encargado fue idéntico

—Debe de ser el único. —Soltó una bocanada de aire—. Aunque no sé si llamarlo tipo con suerte.

Pasaron de los medidores de temperatura y los niveladores energéticos. Buscaron la placa con los datos de quien estuviese allí dentro. Lo más probable era que se hubiera salvado gracias al lugar en el que se encontraba, casi en uno de los ángulos de la sala.

La identificación de la placa fue reveladora.

—Sherlock Holmes, 1911 —leyó el encargado.

El silencio duró apenas cinco segundos.

Suficientes para reflejar su estupor.

—Jefe, ¿ese no era...? —Preston dejó la pregunta sin terminar.

Capítulo 2

La cabeza del mito

Una luz.
¿Cuánto hacía que no veía una luz?
Aunque, claro, el tiempo había dejado de contar.
¿Tiempo?
¿Qué era eso cuando se tiene la sensación de flotar en la eternidad?
Aquel infinito oscuro...
Y, de pronto, una luz.
—Vaya —se dijo.
Intentó caminar hacia ella y no pudo.
Intentó volar, y lo mismo.
Llevaba inmóvil...
Pero tenía que llegar a la luz.
Era necesario.
Para una vez que sucedía algo interesante en su larga monotonía...